

DIEZ TESIS PARA COMPRENDER LA MODERNIDAD

Hartmut Rosa, *Remedio a la aceleración*,
NED eds., Barcelona 2019, p. 27-42

“¿Qué es la vida buena? ¿Y qué es lo que nos impide alcanzarla? Ésa es la pregunta que me llevó a sumergirme en el análisis de los procesos modernos de aceleración. Si nos interesamos por el problema de la escasez de tiempo y de nuestro deseo de bienestar temporal estas preguntas aparecen de manera inevitable, puesto que preguntarse por *cómo queremos vivir* no es más que una manera de interrogarnos, al fin y al cabo, sobre *la manera en la que debemos pasar nuestro tiempo*. Mi libro sobre la aceleración tiene hoy ya quince años (y lleva once ediciones). Desde entonces, mis reflexiones siguen desarrollándose en dos direcciones distintas. En la primera, interpreto los procesos de aceleración representados como los síntomas y las consecuencias del hecho de que las sociedades modernas no pueden estabilizarse si no es de manera dinámica, y que están, por lo tanto, sistemática y estructuralmente concebidas con vistas al acrecentamiento y, en consecuencia, tienen la necesidad de crecer permanentemente, de transformarse y de volverse más rápidas para poder preservar su estructura y su estabilidad. En la segunda dirección, he expresado de manera sistemática y completa el concepto de la resonancia —al que solamente se había hecho mención hasta ahora— como noción antinómica de la indiferencia, y así he intentado proponer un nuevo criterio para una vida bien lograda. Quisiera formularles a continuación estas diez tesis que presentan el modo de estabilización dinámica y las consecuencias que se derivan de él para las personas, como características de la modernidad.

1. Tesis de la modernidad

La característica de las sociedades modernas es que sólo son capaces de estabilizarse de manera dinámica; lo que significa que necesitan crecer, acelerarse y condensar la innovación incesantemente para mantener, según sea el caso, su estructura o su statu quo. Esta imposición de aumento tiene consecuencias sobre el modo de vida, la orientación de la existencia y las experiencias vitales de los sujetos.

2. Tesis del progreso

Estas consecuencias cambian en función de la progresión de la modernidad y de su grado de dinamización. Desde la Ilustración hasta mediados o quizás, en parte, también hasta finales del siglo XX, la experiencia de esa dinamización ha sido interpretada desde una perspectiva optimista respecto al progreso: incluso allí donde se presentaban de entrada como una obligación, se tendía a considerar el crecimiento económico, las innovaciones tecnológicas y la aceleración social como elementos, medios o condiciones para un incremento de las posibilidades de autonomía y autenticidad. Y precisamente esta expectativa es la que se derrumba hoy en día en los Estados occidentales desarrollados: por primera vez desde hace 250 años la generación de los padres ha perdido la esperanza —y esto de manera integral— de que la situación de sus hijos sea mejor que la suya: en adelante se contentan con esperar que no lo tengan mucho peor, que las crisis no sean tan gravemente devastadoras, que los estándares a lo que se ha conseguido llegar todavía se respeten hasta cierto punto. Pero está bien claro que eso no será posible sin pagar el precio de un esfuerzo mucho mayor para movilizar tanto individual como colectivamente todavía más energía, con el fin de continuar propulsando hacia adelante el crecimiento, la aceleración y la innovación. En resumen, nosotros, seres contemporáneos, no corremos ya en pos de un objetivo prometedor que se encuentra delante de nosotros: nosotros huimos de un abismo catastrófico que avanza a nuestras espaldas. Es una diferencia cultural radical.

3. Primera tesis de la autonomía

El deseo de llevar una vida que hayamos elegido nosotros mismos constituye desde el siglo XVIII la promesa fundamental de la modernidad. En calidad de proyecto político y normativo, la modernidad aspira a liberarse de preceptos autoritarios y tradicionales, de un lado, y de penurias y limitaciones naturales, por el otro, con el fin de llevar una vida donde poder determinarse a uno mismo: ya no son ni la Iglesia, ni el rey ni tampoco las instrucciones de la naturaleza quienes deben «prescribir» la manera en la que debemos vivir... somos nosotros, independientemente de la naturaleza, quienes decidimos si hace frío o calor, estamos a oscuras o encendemos la luz, cuándo comemos fresas o nos vamos a esquiar, y si queremos ser un hombre o una mujer. El crecimiento y el aumento de las distintas posibilidades estaban motivadas y legitimadas por ese objetivo. Y éste, a su vez, encuentra su correlación natural en la concepción moderna de autenticidad, según la cual queremos y deberíamos utilizar los espacios de autonomía que ya han sido conquistados, de manera que podamos ser lo que nos corresponde «realmente»: para que nuestro ser y nuestra manera de ser se atenga a nuestras inclinaciones, nuestras capacidades, nuestras tendencias, para que no estemos obligados a «doblegarnos» sino, por el contrario, para que podamos

«mantenernos fieles a nosotros mismos», etc. En una palabra: el proceso de acrecentamiento sirvió durante cierto tiempo (como mínimo visto en perspectiva) para que fuéramos ganando franjas de autonomía (y las garantizáramos mediante el Estado asistencial) para poder llevar a cabo un proyecto de vida personal. Hoy en día, en cambio, observamos el absoluto abandono y el vuelco espectacular de esta relación: el proyecto de vida sirve para sobrevivir dentro del juego del crecimiento, para seguir siendo competitivo o llegar a serlo. Tanto en el plano individual como en el colectivo, los fantasmas y las energías relacionadas con este moldeamiento de la existencia aspiran cada vez más a mantener esta capacidad de aumento: la promesa fundamental de la modernidad se ha roto, los campos de autonomía individual y política han sido desgarrados por las violencias vinculadas al acrecentamiento.

4. Segunda tesis de la autonomía

No obstante, la idea de la autonomía no sólo ha sido víctima del juego del crecimiento, sino que ella misma figura, sin ninguna duda, entre los «autores del crimen»: está asociada mediante una concepción específica de la libertad a la idea de que el crecimiento, el movimiento y, sobre todo, el incremento permanente de las opciones disponibles aumenta la calidad de vida. Es la razón por la cual la exigencia de autonomía moderna necesita urgentemente una rectificación o un complemento que pase por redescubrir la «exigencia de la resonancia»: si la vida vale la pena allí donde las personas tienen «experiencias de resonancia» (en el trabajo, en la comunidad política, en la familia, en la naturaleza, en el arte, etc.) la autonomía no carecerá de importancia, pero la multiplicación «ciega» de opciones vitales no es ni en sí misma, ni en todos los casos, una victoria en términos de calidad de vida como siguen pensando, por ejemplo, el indio Amartya Sen y la estadounidense Martha Nussbaum.

5. Tesis de la competición

Si el crecimiento, la aceleración y la densificación de la innovación constituyen los «imperativos del dinamismo» estructurales de la sociedad moderna, también proporcionan —en la misma lógica de la acción y a través de una distribución que toma la forma de una competición— no sólo mercancías y recursos, sino también privilegios y posiciones, estatus y reconocimiento, amigos y amores, etc. La lógica de la competición desemboca en una dinamización sin límites de todas las esferas de la sociedad que están organizadas según los principios de la competencia. Se trata una y otra vez de obtener resultados ligeramente superiores a los del competidor y de invertir para este fin más energía que él, quien debe, a

su vez, superar esta situación con más esfuerzo. Observamos este tipo de lógica por todas partes, particularmente en las prácticas educativas, pero también en nuestra relación con nuestro propio cuerpo, lo cual en el mundo del deporte significa el dopaje —al que recurren tarde o temprano todos los deportistas de alto nivel, hombres o mujeres, si quieren seguir siendo competitivos—, y que en otros dominios lleva el nombre de *human enhancement* (perfeccionamiento humano). La espiral de acrecentamiento inducida por la competición no tiene fin. Esto es una certeza absoluta: dentro de pocos años, «mejoraremos» a nuestros hijos equipándolos con dispositivos que emplearán tecnologías biológicas e informáticas, si fracasa el Proyecto de Jena.¹

6. Tesis del *burnout*

La cara oculta del juego del crecimiento es el agotamiento psíquico y físico que observamos por el aumento de las tasas de *burnout*.² Independientemente de si es o no es un diagnóstico acertado, en la posmodernidad, la lógica repetitiva de la rueda del hámster tiene a tantas personas absolutamente atrapadas que son incapaces de salir de ella, no se permiten detenerse ni aunque les falle el cuerpo. A pesar de la gripe, de una pierna escayolada o de una hernia discal, seguimos con lo que teníamos que hacer y lo programamos todo: un nacimiento por cesárea o la inhumación de una urna, de manera que los acontecimientos se adaptan a nuestra planificación del tiempo. Hasta que, viviendo la experiencia de la «suspensión del tiempo terca y sin esperanza», se hunden en el *burnout* depresivo. Desde mi punto de vista, que descansa sobre evidencias empíricas, el *burnout* no está provocado por una gran cantidad de trabajo y tampoco por la obligación de avanzar a toda máquina, sino por la ausencia de todo horizonte de objetivos (véase la tesis número 2 del progreso). «Tener que correr siempre más deprisa con el único fin de seguir en el mismo sitio», he aquí lo que deja muerta a la gente. Verse forzado a crecer, acelerar e innovar sin término ni finalidad alguna, con el único objetivo de seguir en su sitio y no abismarse en la crisis desemboca en una imposibilidad existencial. Hasta ahora, salíamos del paso gracias a la idea de que este pequeño frenesí sería pasajero y de que las cosas terminarían por ir mejor dentro de poco, pues estábamos intentando evitar el *burnout* colectivo. Pero hoy, en nuestra civilización, empezamos a darnos cuenta de que esto era una ilusión. Por lo que podemos entender el *burnout* como una forma extrema de alienación.

¹ El Proyecto de Jena investiga las posibilidades de crear una sociedad y una economía poscrecimiento donde podamos funcionar sin la opresión del acrecentamiento. [postwachstumsoekonomie.de](http://www.postwachstumsoekonomie.de) y <http://www.postwachstumsoekonomie.de/termine/jenaer-projekt/> [N. de la T.].

² *Burnout*, anglicismo de uso muy extendido para referirse al «síndrome del desgaste profesional» o «síndrome del trabajador quemado». [N. de la T.]

7. Tesis de la alienación

No es la gran cantidad de trabajo, sino que son más bien de las condiciones de ese trabajo las que tienden a provocar enfermedades relacionadas con el *burnout*. Los indicios que demuestran que esta alienación sólo empieza cuando «ya no se nos devuelve nada» en el trabajo, cuando ya no hay más «resonancias», son particularmente impresionantes: el *burnout* se produce cuando dejamos de percibir y de celebrar los logros, que parecen solamente como «etapas de una cadena sin fin», cuando se nos priva del reconocimiento (crisis de gratificación), cuando las relaciones y las interacciones personales entre los individuos se ignoran o se instrumentalizan, cuando las etapas de nuestro trabajo ya no están motivadas de manera intrínseca, cuando desaparece el placer de trabajar aun siendo una actividad colmada de sentido. En definitiva, el *burnout* es la consecuencia del silencio repentino del «eje de resonancia» en el lugar de trabajo —de la misma manera que la pérdida de empleo no provoca solamente pérdidas materiales, sino también, y con muy graves consecuencias, la pérdida de espacios de resonancia—. A este propósito, los psicólogos observan que los pacientes aquejados de *burnout* suelen presentar dos características: 1) la pérdida de relaciones sociales intensas y cargadas de significación, que han sacrificado con frecuencia por su carrera; y 2) un cinismo creciente hacia sí mismos y hacia el mundo. Ya no disponen de espacios de resonancia ni en el arte, ni en la naturaleza, ni en el trabajo, ni en el seno de su familia, (ni siquiera en su religión). El mundo se les ha vuelto extraño, es superficialmente mudo. Esta indiferencia con respecto al trabajo y a la familia, a los espacios y a las cosas, a su propio cuerpo y de su propio yo es, sin embargo, consecuencia de las imposiciones ligadas al acrecentamiento, porque las relaciones de resonancia precisan de estabilidad y de un consumo intensivo del tiempo.

8. Tesis de los surfistas, los náufragos y los terroristas

Por supuesto, incluso en la época moderna tardía, no todos los individuos se sienten aquejados de *burnout*. Constatamos tres modelos de vida «alternativos» (y problemáticos) posmodernos: 1) a modo de sucedáneo del ideal de autonomía moderno se forma un ideal de surfista típico de la modernidad tardía: ya no se trata aquí de definir en el océano de la vida un punto o una isla hacia la que pilotar nuestro pequeño navío existencial, al contrario, estamos de pie encima de una tabla de surf, intentamos adivinar y dominar los vientos y el oleaje saltando de una cresta a otra y «quedarnos en lo alto». A menudo, se considera a los surfistas como «vencedores y ganadores» del sistema. Yo creo que están

amenazados por el *burnout*, porque son asociales y desgraciados, porque no son autónomos en el sentido clásico del término, y no son resonantes en el sentido nuevo. Quizás son, más bien, como jugadores de *pinball* y no surfistas: no hacen más que mantener la pelotita dentro del juego y esperar a los contactos favorables. 2) Cuando no conseguimos «quedarnos en lo alto» corremos el riesgo de que ser zarandeados por todas partes y sin ningún control, y entonces nos convertimos en «náufragos» incapaces de canalizar, de planificar y dirigir nuestro destino y nuestra vida, es decir, de aprovechar los espacios de resonancia. 3) Quienes no pueden ser surfistas ni quieren convertirse en náufragos puede intentar ganar en estabilidad gracias a un anclaje trascendente, es decir, adoptando una identidad religiosa o política más o menos fundamentalista: de golpe, la palabra de Jehová o la lucha de clases obrera adquiere una validez eterna. Es con el dibujo de un «contrahorizonte» de este tipo, que se opone a la lógica de la dinamización y de la flexibilización, donde reside, a mi modo de ver, el atractivo secreto de los grupos terroristas —desde el *Nationalsozialistischer Untergrund* (Clandestinidad Nacionalsocialista, grupo terrorista neonazi) hasta Al Qaeda—. Lo decisivo es, por lo tanto, saber si existen otros proyectos de vida positivos en la modernidad tardía que sean, como mínimo, observables *in statu nascendi*. Deberían, en mi opinión, tener como objetivo la creación y la protección de espacios de resonancia que no respetaran la lógica del crecimiento, por un lado, y que pudieran ofrecer resistencia a los imperativos de la dinamización, por otro. Hay muchas comunidades y proyectos alternativos que no son precisamente capaces de ello. Pero si la observación es certera (como dicen algunos periódicos) y es verdad que hay jóvenes admirablemente calificados y muy dotados (y, precisamente, estos son los que lo hacen en mayor medida) que se niegan a ocupar puestos de dirección dentro de la economía, la política y la ciencia porque no quieren lanzarse a correr frenéticamente y perderse para siempre en esa rueda de hámster, es que existen, aun así, manifiestos medios de resistencia en nuestras sociedades y culturas.

9. Tesis del consumo

Para los sujetos de la modernidad y de la modernidad tardía, el consumo de productos y de las prestaciones de servicios bajo la forma de mercancías está, sin duda alguna, cargado de una inmensa promesa de resonancia: la publicidad no tiene otro fin que hacer que el producto cuyas virtudes nos canta (desde el desodorante hasta el viaje a África, pasando por el nuevo videojuego y el último coche) pueda meter nuestro yo y el mundo en una relación de resonancia. Pero esto presenta un problema: las resonancias ya no se ponen ni en marcha, porque el consumo que produce resonancias es en sí mismo consumista de tiempo.

Observemos que el consumo real de los productos no llega a tener lugar y que se ve compensado por un aumento de las compras que provocan que el consumidor se encuentre de nuevo inserto en una rueda de acrecentamiento adictivo y maníaco al final del cual se encontrará necesariamente con la alienación respecto a las ofertas de consumo.

10. Tesis de la resonancia

Las tesis desarrolladas aquí aspiran a permitir y a garantizar las experiencias de resonancia, así como a evitar y a reducir las experiencias de alienación en lo tocante a las normas de una vida bien lograda y del incremento de la calidad de vida. Queremos reemplazar, de esta manera, las normas —implícitas y por lo general no formuladas— que construyen una orientación exclusiva hacia criterios normativos de horizontes de acrecentamiento (la multiplicación de las opciones). El problema central consiste en dar una definición esencial de «resonancia». Todavía no dispongo de esta definición, pero podemos avanzar algunos de sus elementos:

- Por norma general, las experiencias de reconocimiento son experiencias de resonancia; las experiencias de menosprecio se pueden interpretar como experiencias de alienación.
- Sin embargo, existen experiencias de resonancia que van más allá de las relaciones intersubjetivas: individuos modernos que buscan y se encuentran «en resonancia» en el trabajo, en la naturaleza, en el arte, en la religión. El 95% de los jóvenes tienen a su familia como un «puerto de resonancia seguro» (pero incluso ésta se ve amenazada por los imperativos de la dinamización).
- La democracia es el instrumento del que dispone la modernidad para «apropiarse» de las estructuras del mundo social compartido o para «hacerlas resonantes». La política «responde» a los sujetos... en teoría. La aversión a la política puede reinterpretarse como la expresión de un «mutismo» de la política: los puentes de mando de la autoridad ya no responden.
- Las experiencias de resonancia son experiencias constitutivas de identidad, porque permiten que uno se emocione o sobrecoja. Como tales, tienen una cualidad emocional. Pero no son simplemente emociones: las personas se sienten a menudo «golpeadas» con mayor profundidad por las películas tristes que por las demás, dicen que éstas les «han dado mucho», que les han gustado, y a pesar de sus lágrimas, lo interpretan como una experiencia positiva. La diferencia entre sentimiento y resonancia puede incluso reformularse físicamente como

la diferencia entre la transformación de la resistencia de la piel (resonancia) y la frecuencia cardíaca y respiratoria (sentimiento). Es posible que las neuronas espejo sirvan de base física a las experiencias de resonancia.

- El hecho antropológico que explica la necesidad de experiencias de resonancia aparece, entre otros, en la institución de la «muerte social» de las pretendidas «culturas arcaicas» que matan a sus miembros denegándoles la resonancia. Quizás también sea eso lo que hace la cultura de la modernidad tardía...”

[La definición más precisa del concepto de resonancia]. “En mi opinión, hay resonancia si y sólo si se satisfacen cuatro criterios. Primeramente, la afección. Debe afectarme alguna cosa del mundo exterior: un paisaje, una música, una persona, un acontecimiento. En segundo lugar, la resonancia está acompañada de autoeficiencia: el sujeto afectado se siente capaz de responder, va a reaccionar. Tomemos como ejemplo esta entrevista: quizás yo haya preparado respuestas a sus preguntas y podría soltárselas a bocajarro. Pero si usted y yo entramos en estado de resonancia, diré cosas que no estaban previstas de antemano. Me volveré activo en nuestra relación. En tercer lugar, y eso se desprende de lo precedente, hay una transformación: la resonancia aporta algo nuevo. Un profesor que da clase, si entra en resonancia con sus alumnos, se olvida del manual y se lanza a hacer digresiones, se transforma su discurso. En cuarto lugar, la resonancia es indisponible, no es planificable. Puedo comprar las entradas de un concierto en el que toca una orquesta excelente pero la música quizás me deje indiferente, la resonancia no se consigue por encargo.” (p. 100)